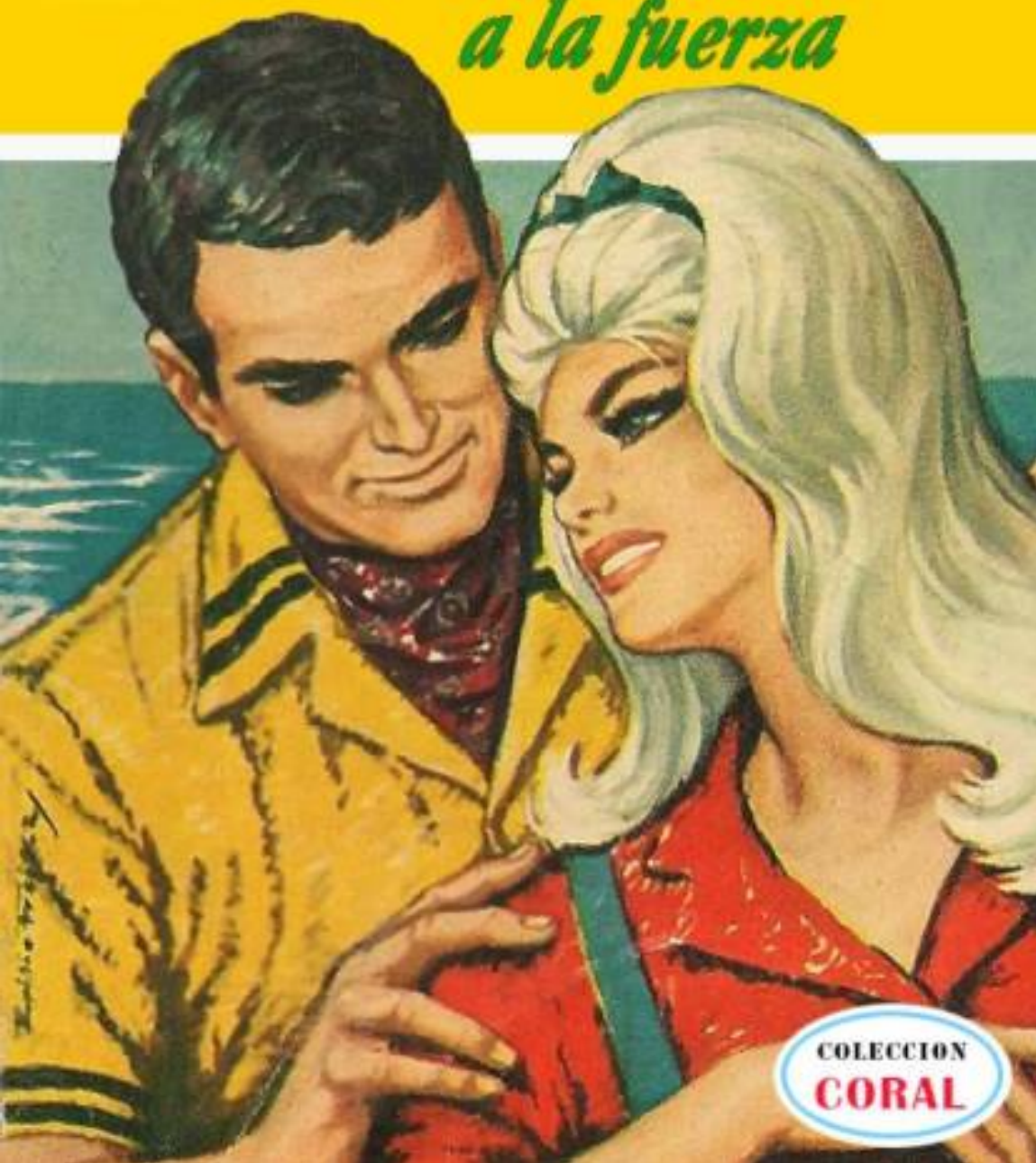


# Corín Tellado

## *Prometida a la fuerza*



COLECCION  
CORAL

Sophía se sentía avergonzada...

Por circunstancias difíciles de su vida, se había visto obligada a participar en un engaño.

## Prometida a la fuerza

—Escucha, Law, lo que dice tu hermano en su *e-mail*. «Querida abuela: Ya estarás contenta. Al fin encontré la novia que deseabas para mí. Es bonita y encantadora. Pertenecce a una de las familias más ricas del país y me adora. ¿Puedes enviarme dinero para comprarle el anillo de compromiso? Un abrazo, Clint».

Law esbozó una sonrisa. Todos los *e-mails* que enviaba su hermano terminaban igual: pidiendo dinero. El secretario de su abuela los leía en la computadora, los imprimía y se los daba después.

—¿Qué te parece, Law?

—Que has conseguido lo que querías, pero no te fíes mucho de Clint. Tengo entendido que detesta el matrimonio.

—Jamás me ha pedido dinero para darle el anillo de compromiso a su novia.

—Es cierto, pero te lo ha pedido para una carrera imaginaria, para negocios, para rescatar a un náufrago del fondo del mar...

—¿Crees que esta vez también me está engañando? —preguntó Diana Baker con una expresión de tristeza en su rostro.

—No lo sé, abuela.

—Law, te voy a decir una cosa. Tu hermano ha llevado una vida desordenada. No ha terminado una carrera y pasa

el tiempo en Las Vegas donde, según él, tiene negocios. Por eso no creo que me engañe, pues podría pedirme dinero directamente, sin tener que decir que es para un anillo.

De pronto, Diana tocó una campanita.

—¿Me llamaba, señora? —preguntó Jim, el secretario.

—Mándale un *e-mail* a mi nieto Clint. Dile que quiero saber más de su prometida. Cuando te responda, me avisas de inmediato. Puedes retirarte, Jim.

Jim se marchó a cumplir el encargo de Diana. Esta sonrió satisfecha:

—Si es un cuento no tendrá más remedio que decirlo.

—Bueno, abuela —le dijo Law consultando su reloj—. Tengo que dejarte, pues debo estar en una reunión de mi empresa. Pronto recibirás noticias de Clint.

—¿Vendrás a comer conmigo?

—Posiblemente no. Ya conoces mis ocupaciones, abuela.

—Me siento triste sin ninguno de los dos. Tú, con ese apartamento de soltero, apenas si me visitas. Y tu hermano lejos, haciendo mil locuras. La verdad es que me muero de aburrimiento en mi mansión.

—Esperemos que Clint se case y te traiga aquí a su mujer.

—¿Es cierto que tú tienes novia?

—No es nada oficial, abuela. Bueno, no puedo detenerme más —dijo besándola en el pelo con dulzura.

—¿Vendrás a comer mañana? Me gustaría que me hables de la chica con quien sales, si tienes planes con ella...

—Está bien. Mañana te hablaré de Pier.

Mientras tanto en Las Vegas, cuando Clint leyó el *e-mail*, exclamó:

—Escucha lo que dice mi abuela, Marcos. Ahora quiere que le cuente sobre mi novia. Solo así me enviará dinero.

¿Qué puedo hacer para salir de este problema?

—Invéntala —le dijo Marcos.

—Se ve que no conoces a mi abuela. Es una mujer muy inteligente y sagaz. ¿Por que demonios no me manda el dinero y se deja de hacer preguntas?

—Díselo así.

—Soy un desgraciado.

—No seas absurdo, Clint. Tu familia es multimillonaria y has vivido hasta hoy sin trabajar, dándote la gran vida.

—¿La gran vida y ando siempre sin un centavo? Ahora mi abuela quiere saber más detalles de la vida de mi novia.

—Bueno, Clint, busca en la guía turística un nombre y se lo dices a tu abuela.

—Eso mismo voy a hacer. ¿Dónde tienes una?

—Búscala en Internet, pero hazlo rápido, porque tenemos que salir a celebrar mi cumpleaños con unas muchachas divinas.

—¿Lo ves? Por eso no quiero regresar a New York. Me gusta vivir aquí en Las Vegas, con libertad.

—¿Por qué no le pides ayuda a tu hermano mayor? Es el favorito de tu abuela.

—No conoces a Law. Es más duro que una piedra. Si mi madre viviera... —No hagas melodramas, Clint, y busca el nombre de tu novia.

Diana Baker leyó el *e-mail* de Clint y mandó a llamar a Law con urgencia. Estaba emocionada, pues le ilusionaba la posibilidad de ver casado a su nieto menor.

—Abuela, he venido tan pronto me llamaste —le dijo Law cuando llegó.

—Sí, hijo, perdóname por haberte hecho correr y dejar tus responsabilidades. Recibí noticias de tu hermano. Dice que su futura esposa se llama Silvia Conway.

Law quedó pensativo. Recordó la última vez que Clint obtuvo dinero de su abuela con artimañas. Inventó que ha-

bía tenido un accidente. Cuando la abuela llegó a verlo, descubrió que estaba en perfectas condiciones. Por eso le dio un ultimátum: o se casaba en el término de un año y se responsabilizaba o lo desheredaría. Por lo visto, Clint había optado por buscar una esposa para no perder la herencia ni la protección de Diana.

—¿Qué hago, Law? El apellido de su novia... Conway, me parece conocido.

—Pertenece al dueño de los famosos paradores. Ralph Conway es multimillonario, abuela.

—En el fondo no me fío de tu hermano, Law. Me pregunto si será verdad todo lo que me ha dicho.

—No lo sé, abuela.

—¿Sabes, Law? No voy a enviarle dinero. Le diré que le mando el pasaje para que venga, pues quiero conocer a su novia... Ahora cuéntame de ti. Dijiste que me hablarías de la tuya.

—No tengo novia, abuela.

—Me mencionaste a Pier.

—Salgo con ella, pero no es mi novia.

—Ya tienes edad de casarte.

A sus 32 años, Law era un hombre atractivo, de pelo oscuro y ojos grises. Muy alto y delgado. De aspecto serio, hablaba poco y casi nunca sonreía. Llevaba el peso de las empresas de la familia. Millonario y aristócrata, era un partido envidiable por el que suspiraban todas las madres que pretendían casar bien a sus hijas.

Marcos dejó en alto la máquina de afeitar y miró a su amigo a través del espejo. Los dos habían alquilado un apartamento juntos y eran compañeros de fiestas y de juegos. Hizo una mueca y gruñó entre dientes:

—¿Ahora qué te pasa, Clint?

—Escucha este *e-mail*: «Clint, ven a buscar el dinero para comprar el anillo de compromiso. Te enviaré el pasaje. Si

no te presentas en 24 horas, te desheredo y no contarás más conmigo. Besos, tu abuela».

—Mándala al diablo.

—No puedo perder su protección económica. ¿Qué hago, Marcos? Tú eres ingenioso y encuentras soluciones para todos los problemas.

—Ve a New York, toma el dinero para el anillo de compromiso y regresa a Las Vegas. Es muy fácil.

—¿Crees que se conformará con palabras? Mi abuela es muy desconfiada.

—No lo fue en el pasado.

—Está bien, eso haré.

Al día siguiente, Clint tomó el avión para New York. Al llegar a su casa, sintió alivió al ver que Law no estaba. Pensó que a su abuela era más fácil engañarla.

—Abuela... —Mi querido Clint.

Se abrazaron. Él la quería, pero necesitaba dinero, por eso no se detenía ante nada con tal de conseguirlo.

—Abuelita...

—Dime abuela, Clint.

La vio seria y Clint sintió temor. Si su abuela no se ablandaba, ¿qué sería de él? Necesitaba que le creyera.

—Cuéntame de tu novia, Clint.

—Es joven, bonita, decente...

—Los Conway son de New York. ¿Ella vive aquí o en Las Vegas?

Clint se agitó. Solo le faltaba que su abuela conociera a la familia Conway. ¿Cómo había dado él con ese apellido? Ah, sí, por la guía turística. En cada esquina se anunciaba un parador Conway. ¡Qué gran error el suyo!

—Vive aquí, en New York.

—Pues quiero conocerla. Tráela esta tarde, Clint, para que meriende conmigo.

—Abuela, es muy pronto aún. Nuestras relaciones apenas están comenzando.

—¿Sí? ¿Y ya piensas darle un anillo de compromiso? Quiero conocerla. Te advierto, Clint, que si me has engañado y no existe esa novia, mañana mismo llamaré a mi abogado para desheredarte.

—¡Abuela!

—Como espero que no haya engaño, tráeme a tu futura esposa. Quiero conocerla. Ya habrá tiempo después para que invites a los padres de tu novia.

—Escucha, abuela... —Ve a visitar a tu hermano. Te conviene ir aprendiendo de él. Un hombre casado debe tener responsabilidades. Trabaja con Law, que él te enseñará muy bien.

—¿Trabajar?

—Es lo normal. Y más si los negocios son de la familia. Tu abuelo, tu padre y ahora Law han aumentado mucho el capital de la familia Baker. Tu hermano, además, ha incrementado la herencia de tu madre.

Clint pensó que tal vez podía sacar un buen partido de toda esa situación. ¿Casarse? Jamás. ¿La novia? Tendría que pensar bien las cosas para no echarlo todo a perder. Era su oportunidad de lograr una buena cantidad de dinero.

—Está bien, abuela. Te traeré a Silvia mañana por la tarde. Antes, me gustaría que me dieras dinero, pues quiero llevarle flores e invitarla a cenar.

—Pídele a tu hermano que te dé lo que necesitas. Yo lo autorizaré —dijo Diana.

Clint se despidió de su abuela y fue a ver a su hermano Law. Al verse, se abrazaron. A pesar de llevar vidas tan diferentes, eran los únicos hermanos y habían sufrido la muerte de su madre, porque a su padre lo perdieron cuando eran muy pequeños y casi no lo recordaban. Pero Clint había llegado demasiado lejos engañándolos y Law tenía que ser duro por su bien.



—Mi abuela acaba de llamarme por teléfono. Dice que mañana le presentarás a tu novia. Has sabido elegir, Clint. Pronto no necesitarás de nosotros, pues trabajarás en los paradores de los Conway.

—Cállate, Law.

—¿Qué te pasa? Si estás apurado de dinero conmigo no cuentes. Tampoco con la abuela. Esta vez autorizó a que te diera una cantidad generosa para que atiendas a tu novia, pero no te dará dinero para que regreses a Las Vegas. Ya lo sabes.

Se marchó furioso y decidió llamar a su amigo Marcos. Era la primera vez que veía a su abuela tan firme en su decisión y Clint tenía miedo. No quería perder la herencia familiar, pero tampoco deseaba dejar su vida cómoda y sin preocupaciones.

—Marcos, escucha, tengo que contarte el lío en que estoy metido... —le dijo Clint y le refirió todo lo que había pasado—. Mi abuela quiere que le lleve mañana a mi novia. ¿Qué hago?

—Mira, Clint, tengo una idea... Busca a una muchacha que se haga pasar por tu novia, la adiestras un poco y le ofreces una cantidad de dinero. Así podrás presentársela a tu abuela.

—¿Sabes, Marcos? Resulta que los Conway son multimillonarios.

—Ya sé. Fuimos unos tontos eligiendo el nombre a través de una guía turística. Por eso debes elegir a una chica que tenga aspecto distinguido.

—Está bien, te dejo, que tengo que empezar a buscarla ahora mismo.

Clint Baker jamás había sentido angustia en su vida, pero ahora era diferente. Estaba a punto de perder la protección y la herencia de su abuela.

Caminó un poco y llegó a una plaza. Se sentó en una cafetería y vio que había muchas niñeras con niños. Las observó a todas, pero ninguna le pareció adecuada.

Apretó los labios. Clint era un hombre atractivo, rubio y de ojos azules. Tenía 28 años y atraía a las mujeres.

Distraído, contempló a una muchacha que caminaba lentamente por la plaza. Llevaba un bolso colgado del brazo y vestía un sencillo traje de chaqueta de color canela y una blusa blanca. Era bella y tenía un aspecto fino. Le llamó la atención su expresión triste y melancólica.

«Esa sería la novia perfecta para presentarle a mi abuela», pensó.

Ni corto ni perezoso, Clint se puso de pie y se acercó a la joven.

—Señorita...

La joven se detuvo.

—Perdóneme que le hable, pero ¿podría escucharme unos minutos?

Sophia Wood frunció el ceño. Clint comprobó que de cerca era una mujer aun más bella que de lejos y pensó que la tristeza de su mirada quizás se debía a que necesitaba dinero.

—Discúlpeme, pero no lo conozco —le dijo con delicadeza.

—Mi nombre es Clint Baker.

Sophia se asombró.

—¿El de los ferrocarriles?

—Ese es mi hermano. Yo me he comido los rieles que me correspondían por la herencia de mi madre. Ahora solo me queda mi abuela... Señorita, mi historia es horrible, déjeme contársela.

—¿Qué puede interesarme su historia?

—Es que la necesito.

—¿A mí?

—Sí, a usted. ¿Nunca necesitó a un ser humano? Por favor, escúcheme...

—Tengo mucha prisa.

—Por favor... Es solo un instante. Tal vez le interese el trabajo que voy a ofrecerle. Déjeme explicarle mi situación.

Sophia pensó que tal vez estaba mal de la cabeza, pero vio que estaban rodeados de tanta gente, que no corría peligro. Además, tenía tanta necesidad de trabajo, que decidió escucharlo.

Clint le contó todo, sin ocultar ni un detalle de su vida. Le dijo que era un donjuán, un irresponsable y que había engañado a su abuela siempre para conseguir dinero. Pero que ahora esta le había dado un ultimátum.

—Después de todo lo que me ha contado, ¿qué espera de mí?

—Que sea mi prometida.

—¿Qué dice? ¿Por quién me toma?

Sophia hizo un ademán de marcharse.

—Escuche, no quiero nada malo de usted. La verdad es que no soy hombre que se case. No puedo estar con una mujer dos meses seguidos, ¿por qué voy a hacer infeliz a una esposa? Pero tampoco quiero perder mi porvenir. Usted será mi prometida de mentirijillas. Mi abuela cree que mi novia es una mujer distinguida y quiere conocerla mañana mismo.

—No soy distinguida.

—De aspecto sí lo es. No me interesa saber cómo se llama ni a qué familia pertenece, solo quiero que interprete el papel de Silvia Conway, que es como se llama mi supuesta novia. ¿Usted trabaja?

—No. He estado buscando un empleo, pero no lo he encontrado todavía.

—Pues le pagaré una cantidad semanal —y mencionó una cifra que a Sophia le pareció fabulosa.

—¿Y cuándo terminará eso?

—Tan pronto mi abuela se convenza de que tengo novia. Un día cualquiera usted me hace un escándalo delante

de ella y terminamos para siempre. Esa semana le pagaré el doble. ¿Acepta?

Sophia dudó un instante. Pensó en su madre enferma y en los dos hermanos que dependían de ella. Por más que había buscado, no había encontrado trabajo. Se sentía mal aceptando un empleo en el que tenía que engañar a una señora, pero después de todo, ¿qué le importaba a ella esa familia? Bastante tenía con sus problemas.

—Está bien, acepto con la condición de que me pague la semana por adelantado.

—Aquí tiene. Hoy mi hermano me dio una cantidad generosa para atender a mi novia. ¿Me da su número de teléfono?

—Por supuesto —dijo, y se lo dio.

Clint le entregó el dinero y procedió a entrenarla un poco.

—Mañana la vendré a buscar aquí, a la plaza. Vístase como está hoy. Cuando le presente a mi abuela, podrán ocurrir dos cosas: que no le agrade y no quiera verla más o que se encariñe con usted.

—Está bien. Nos veremos mañana.

—Hasta mañana. Desde este momento vamos a empezar a tutearnos. Recuerda que te llamas Silvia Conway y que no deseas casarte todavía. No olvides que nos conocimos en Las Vegas.

Diana Baker miraba a la prometida de Clint. Era muy linda, elegante y sencilla al mismo tiempo. Le agradó la expresión melancólica de sus maravillosos ojos verdes. Se preguntó asombrada cómo era posible que esa muchacha se hubiera enamorado del irresponsable de su nieto, pero sabía que este siempre atraía a las chicas.

—¿Silvia?

—Sí, señora Baker.

—Ven, siéntate a mi lado.

—¿Y yo, abuela? ¿Dónde me siento?

—Donde quieras. Puedes dar un paseo, Clint. Silvia y yo conversaremos un rato.

A Sophia le agradó la anciana, el porte distinguido y frágil. Ella desconocía ese mundo de tanta riqueza. Sus padres siempre le dieron una buena educación, pero jamás habían frecuentado a una persona como Diana Baker. Se sintió culpable y cohibida. Estuvo a punto de salir corriendo, pero se detuvo. Pensó en el dinero que le había dado Clint Baker y en su madre enferma, que necesitaba tantas medicinas.

«Dios, qué mal me siento al engañar a esta familia», pensó, «pero las circunstancias y la necesidad me obligan».

—Me quedaré con ustedes, abuela. Así participaré en la conversación —dijo Clint.

—Como prefieras. Dime, querida, ¿toleras todas las locuras de mi nieto?

—Poco a poco Clint ha ido cambiando.

—¿Cuándo se casan?

Clint se sofocó y Sophia parpadeó.

—No hay época más bonita que la del noviazgo, doña Diana —le dijo Sophia.

—Mientras no te cases, no tendrás seguro a Clint, querida.

—Espero que Clint me tenga segura con su comportamiento.

—¿Has oído, Clint? Silvia me gusta mucho para ti, hijo.

—Me tiene controlado.

—Eso era lo que yo esperaba: una muchacha lo suficientemente firme para acabar con tus locuras. Ten cuidado, Silvia, no siempre se puede confiar en Clint.

—Él es mucho mejor de lo que parece. Le aseguro que jamás me ha dado un disgusto —le dijo con delicadeza.

—Silvia, cuéntame un poco de tu familia... Un día invítaré a tus padres a comer.

—En estos momentos están de viaje. Ya será en otra ocasión.

Un poco pensativos, salieron de la casa de Diana Baker y subieron al auto. Clint miró a Sophia y esperó que ella le hiciera un comentario de su abuela, pero la chica guardó silencio.

—¿Cómo te sentiste en tu primer día de trabajo? ¿Qué te pareció mi abuela?

—Ella es encantadora. No merece que la engañes. ¿Por qué no le dices la verdad?

—Porque está empeñada en que me case. No entiendo su manía.

—Es la única manera de que un hombre irresponsable pueda sentar cabeza y se vea obligado a ser de provecho.

—Todo eso es para un hombre como mi hermano, quien es muy serio, pero aún no se ha casado. Vive en un apartamento de soltero y solo Dios sabe a quiénes lleva allí, pero aparentemente es el perfecto de la familia. Yo lo quiero y lo admiro, y debo reconocer que es un hombre muy responsable. Tiene 32 años. El día que se case escogerá a una chica rica, distinguida, de buena familia. Eso es lo importante para Law. No creo que piense en la atracción física de la mujer que elija.

—Tal vez él considere que elegir a una mujer así le dará la felicidad.

—¿Nunca estuviste enamorada?

—No —dijo Sophia con sinceridad.

—Entonces permíteme decirte que te has perdido lo mejor de la vida.

—Por lo visto has amado incansablemente. ¿No es así?

—Sí, así es, pero no temas, que no me enamoraré de ti.

—Lo prefiero.

—¿Y tú no te enamorarás de mí?

—No eres mi tipo.

—¿Y cómo es tu tipo?

—Tal vez cuando lo encuentre no tenga ocasión de decírtelo, porque nuestro negocio habrá terminado.

—Es verdad. Nos apartamos del asunto que nos interesa. ¿Te fijaste que le caíste bien a mi abuela?

—No sé cómo ha recibido a tus otras novias, Clint.

—Nunca le he presentado a una. Hasta ahora. Ya viste que quiere que llegues a cenar mañana con ella.

—Sí y traté de excusarme...

—Con mi abuela todo es inútil.

Cuando Sophia Wood entró en su casa, inmediatamente escuchó la voz débil de su madre que le preguntó:

—¿Eres tú, hija?

—Sí, mamá. ¿Cómo has estado?

—Mejor —le dijo.

Sophia pensó que su madre siempre le decía lo mismo.

—¿Dónde están los chicos?

—En el apartamento de Sam. Están recibiendo sus clases. No sé cómo vamos a pagarle, hija.

—No te preocupes, mamá. Ya conseguí empleo. Es temporal, pero nos ayudará a cubrir algunos gastos.

—¿De qué se trata?

Sophia conocía a su madre lo suficiente para saber que no admitiría que ella se hubiera prestado a un engaño semejante.

—Doy clases de francés a unos niños.

—Me gusta eso para ti.

—La familia es muy buena y me han pagado por adelantado. Voy a ir a la farmacia y al supermercado.

—Lamento que tengas esa carga, hija.

—No digas eso, mamá.

Sophia se sentía alegre por haber solucionado momentáneamente el problema de su familia, pero por otro lado, estaba deprimida. Le dolía engañar a una mujer buena co-